



ORGANO DEL HOGAR DEL SOLDADO DEL REGIMIENTO DE ZAPADORES DE FORTALEZA N.º 1

AÑO II

FIGUERAS, ABRIL 1948

N.º 6

VALENTIA Y PUREZA

En el estudio que de las cualidades del soldado estamos haciendo y de las que ya hemos hablado, de la caballerosidad y del buen hablar, queremos hoy ocuparnos del más grande problema del soldado, de su preocupación más personal en estos años mozos que los muchachos españoles pasan en el cuartel. La cuestión sexual.

Tiene este problema muchas facetas y se presenta ante el muchacho de muy diversas maneras: unos se enamoran rendidamente de cuantas faldas más o menos largas se cruzan por su camino; otros devoran con la vista y asimilan con el pensamiento; cuantos libros, impresos, fotografías, etc., hacen referencia al amor, desde la novela rosa hasta la clara pornografía; muchos como consecuencia del anterior o de su inspiración exaltada caen frecuentemente en el vicio solitario y son bastantes también los que conciben perfectamente y recorren frecuentemente el camino que conduce a las casas de prostitución.

Como no es posible en un solo artículo hablar de todos los aspectos de tan general problema, queremos hoy fijarnos en uno solo de ellos. Suele ocurrir entre los jóvenes que por primera vez salen de su hogar para ir al cuartel el caso del muchacho que empieza a frecuentar el trato de las malas mujeres, empujado por la burla que le hacen compañeros viciosos que le hablan de que hay que ser hombres, que el no ir por miedo a las consecuencias o temor a faltar a los mandamientos de Dios es de cobardes, etc.

Y preguntamos: ¿es efectivamente de cobardes el querer conservar la pureza de nuestro cuerpo?

El soldado que en la guerra se le da orden de guardar un puesto, dicen las Ordenanzas que «a toda costa lo hará», es decir, que aún cuando haya cerca otro sitio más resguardado de los tiros de que pudiera estar y vigilar al enemigo, hay que permanecer allí, aunque silben las balas, aunque tiemblen las piernas y castañeen los dientes, en una palabra, aunque se tenga miedo, si se permanece en el puesto y se vence a este miedo, se es un valiente, pero si se esconde y se marcha del sitio, entonces sí que es un cobarde.

Y en la cuestión de la pureza, pasa lo mismo. Menos algún caso raro, todos nosotros hombres jóvenes sentimos la tirada de la carne; todos nosotros en alguna circunstancia de la vida hemos sentido más fuerte que otras veces la tentación carnal; los amigos con sus charlas nos invitan a la caída; nosotros seguimos resistiendo; pero llega un momento en que ya no podemos más y caemos.

¿Cuándo éramos valientes? ¿Cuándo resistíamos a nuestras pasiones, o cuándo ya no hemos podido más y nos hemos rendido? La rendición, siempre es una cobardía y vosotros habéis oído muchas veces que cuando Boabdil, el rey moro de Granada que había perdido la ciudad lloraba camino del destierro, su misma madre le decía: «Lloras, cobarde como mujer, lo que no has sabido defender como hombre».

Animo pues. Sepamos vencer a nuestras pasiones y los que quieran ser puros, los que luchan y triunfan gritemos alegres nuestro triunfo: ¡Arriba la pureza! ¡Vivan los valientes de los combates de la castidad.

LA ALEGRÍA DE OBEDECER - "Cuando obedecía, entonces era libre de veras mi alma." (Goethe: Ifigenia, V, 3)

El gran político español, Don José Calvo Sotelo, es recibido en audiencia por Su Santidad Pío XI.

—¡Oh, España! —le dice el Papa. —País de grandes gobernantes.

Calvo Sotelo, contesta:

—Ese es nuestro mal, Santidad, que en España todos queremos mandar y ninguno obedecer.

¡Obedecer! Virtud difícil, que para muchos es signo de rebajamiento, de condena, de servidumbre. Y sin embargo, es la que hace grandes a los pueblos, la que los hace libres, la que los hace señores.

¡Los hace señores! Porque sólo sabe mandar el que sabe obedecer.